

# FRAY GERUNDIO.

## EL DOLOR DEL COMPADRE LUIS.

¡Ay, amigo PELEGRIN! Ya puedes hacer un novenario á la Virgen de los Dolores para que libre á nuestro amigo Luis Felipe de un dolor que está temiendo le acometa.—Será la gota, señor, que es dolor de reyes y de gente de vida regalona. Ya me lo estaba yo temiendo tambien hace tiempo, porque las satisfacciones de los tiros y otras diversiones públicas deben haberle puesto gordo como un tudesco.—No es dolor físico el que recela que le aqueje, PELEGRIN, sino dolor del ánimo, que son las mas difíciles de curar. Y todo

por qué, TIRABEQUE? Por el vivo y sincero interés que se toma por las cosas de nuestra España.

Esto es para que veas cuán errado andas tú en creer que nos mira por encima del hombro, como suele decirse. Escucha, escucha el párrafo del discurso que ha pronunciado á la apertura de las cámaras en lo relativo á nuestra península.

*«Habíase restablecido la paz en el norte de España, y nos congratulábamos por tan feliz resultado.—Señor, y yo me congratulaba mas por haberse restablecido sin intervencion de ningun estrangista.—Amigo, es cosa fuerte que no he de poder leerte nada sin que me interrumpas á la primera línea.—«Veríamos con dolor (continúa) que los males de la anarquía sucediesen á las calamidades de la guerra civil.—Señor, si ahora no me dá vd. licencia para interrumpirle, no vuelva vd. á leerme en su vida ni siquiera una letra minúscula. ¿Interrumpo, ó no interrumpo?—A los reyes, PELEGRIN, jamas es lícito interrumpirlos.—Señor, ¿y cuando dicen cantumelias, o porbios y virtuperios, tampoco?—Tampoco, TIRABEQUE. Además que aqui no hay oprobio, vituperio ni contumelia: él no dice mas sino que *veria con dolor* que tál sucediese.—Señor, á quien duele que rabia ese dolor es á mí. Y sin que sea mi intencion interrumpirle á vd. ni á él, pregunto yo ahora qué significa ese dolor.—Ese dolor, PELEGRIN, no significa mas sino que vería con amargo sentimiento que cuando han cesado en España los males de la guerra empezasen los de la anarquía.—Ese dolor, mi*

amo, sin que esto sea interrumpirle, hace que me duelan á mi todos los niervos del cuerpo, y aun los del alma; porque yo, mi amo, ya sabe vd. que soy muy niervoso de espíritu. Y ese dolor significa para mi muchas cosas, porque los dolores en los discursos significan mucho. Qué, ¿no hay mas que decir, «*veriamos con dolor?*» Eso encierra mucho enfásis; señor: porqué eso quiere decir: «estoy viendo, estoy temiendo, estoy recelando y sospechando; tengo aqui una espina atravesada; y aun tengo tragado y engullido que en España ahora que se acabó la guerra va entrando ó ha entrado ya la anarquía; y no lo digo claro, porque en estos discursos no se puede decir las cosas claras; y así, ya que no lo pueda decir claro, lo enturbio con el dolor, que un dolor á tiempo enturbia mucho las cosas;» pero yo FR. PELEGRIN TIRABEQUE que lo que hace que estoy en relaciones con Ibrahim entiendo algo de *turbantes*, y lo que hace que trato á Luis Felipe comprendo bien lo que son *turbiamientos*, dígole al hermano Luis así claro y sin andar con turbaciones, que en España ni hay ni habrá esa anarquía que le causa el dolor, y si de allá no la promueven, menos; y que mire no le dé á él dolor de corazón ó de cabeza esa anarquía que anda ahora por Francia que llaman la *Marsellesa*, que tengo para mí que no debe ser muy amiga suya la señora, y que la anarquía que aqui queremos es la Constitucion, y que si esto es lo que le duele, como decia la ventera de Valdemuro, «si te duele, que te duela.» Señor, perdone si le inter-

;

rumpí, que me parece á mí que esto no es interrumpir á nadie.

Lo que has hecho, TIRABEQUE, es dar á mi entender una interpretacion torcida al Discurso de Luis Felipe, pues una prueba de que no abriga esos sentimientos hácia nuestro pais, y de que su dolor y su recelo son hijos del amor que nos profesa, es el período que sigue.—«Yo me intereso sinceramente por la España....—Eso es otra cosa, señor; la sinceridad del interés que se toma por nuestra España nadie se la niega al hermano Luis Felipe. Tan sincera es la afición que nos tiene, que *veria sin dolor* á la España sincera con toda sinceridad.—Y concluye así: «¡Ojalá que la estabilidad del trono de Isabel II y de las instituciones que deben sostenerle preserven á aquel noble pais de las largas y DOLOROSAS pruebas de las revoluciones!»—Señor, ¿interrumpo?—Ya no tienes que interrumpir, porque no dice mase el párrafo relativo á España. Lo que te resta ahora es hacer lo que te dije al principio, el novenario á la Virgen de los Dolores para que nos libre á nosotros de las *dolorosas* pruebas, y á Luis Felipe del *dolor* con que las vería.—Señor, un novenario de nueve dias no haré, porque es cosa muy larga, pero haré una oración á la Virgen diciendo:

Soberana Virgen mia,  
haced que se le disipe  
al hermano Luis Felipe  
el dolor de la anarquía.

Pero estoy viendo que me contesta la Dolorosa:

Dile tú que se consuele,

y encárgale que no plaña,  
que la anarquía de España  
ya sé yo que no le duele.

---

## SE ABRAZARON Y SE FUÉ.

---

Muchas cosas han estado y aun están todavía suspensas en Madrid á causa del mal temporal. Se suspendió la función del torneo que estaba preparada para festejar la entrada de la Reina. Se ha suspendido la ceremonia solemne de la traslación de las cenizas de Riego á la plazuela de la Cebada, que fue el lugar de su martirio. Está suspensa la última corrida de toros de la temporada; habia estado hasta ayer suspensa la provision de los mas importantes destinos de las provincias, no sé si por el frio del temporal ó por la frialdad del gobierno; y por último ha estado tambien suspensa la salida de Venancio Mata, el primo de TIRABEQUE, porque ni á éste ni á mí nos parecia regular ni decoroso dejarle salir de casa mientras no despejara algo el tiempo, mucho mas cuando los soldados no son gente que pueda viajar en diligencia ni en coche, como los capitalistas que el martes y miércoles han concurrido al Banco Español á ofrecer su pecunia al gobierno en empréstito reintegrable sobre las cajas de la Habana, que es la mayor prueba de las garantías y confianza que este gobierno les ofrece; sino que tienen que hacer sus viajes;

ricos de gloria, llenos de lodo,

como dijo el poeta que describió la entrada de los nacionales de Santander, que hay poetas de tan mal gusto, que al propio tiempo que enriquecen de gloria á los que se proponen encomiar, los enlodan lastimosamente.

Pero al bueno de Venancio le pareció que la delicadeza militar no consentia pasar mas de quince dias de primo, es decir, de hùesped en casa de su primo, y le dijo á TIRABÉQUE: «PELEGRIN, vete viendo lo que te se ofrece para la tierra, que yo pienso navegar para allá un día de estos.— ¡Tan pronto, primo! ¿Qué prisa te corre? ¿Y cómo te has de poner en camino mientras el tiempo esté tan metido en agua como está?—Anda, PELEGRIN, que el agua, como dijo el otro, no rompe costillas; se arropa la gente bien por dentro, y que caigan capuchinos de piedra; este cuerpo primo, está ya muy hecho á luchar con los alimentos.—Pero hombre, ¿te falta aquí algo?—¿Qué me ha de faltar, primo, si he tenido una vida como un senador? Pero mira, PELEGRIN, hazte tú cargo: un soldáo alojáo es un güespede que siempre amolesta en una casa.—¡Ay Venancio! Poco cargo se hacen de eso las autoridades de Madrid, que hace ya mas de dos meses que estan haciendo su- trir á los vecinos del vecindario la carga de alojamientos, siendo así que ya las casas están gravadas con un tanto para eximirse de semejante gabela, que está la jente que trina y alcanza el

cielo con las manos. Pero en fin, si es empeño tuyo, primo, una vez que aqui no nos haces falta, véte si te acomoda, que yo no quiero quitarte ningun gusto.

Con esto empezó Venancio á dar sus disposiciones de viaje, siendo su primer cuidado el cumplir con el propósito que habia hecho á su entrada en Madrid de despedirse de su querido general el Duque de la Victoria, y ofrecerle sus servicios en todo evento. Allá fué pues, y allí se encontró con unos ciento treinta y tantos húsares tambien licenciados, que habian ido con el propio objeto de ofrecerse al hermano Duque por si alguna ocasion pudieran volver á serle necesarios, en cuyo caso le protestaron que al primer llamamiento estuviera seguro que no le faltaria un solo *saldado*; protesta que segun relacion de Venancio Ma-  
a enterneció al general y le hizo saltar las lágrimas, quedando todos sumamente agradecidos al recibimiento llano y cariñoso que el hermano Duque les habia hecho.

En seguida se dedicó á proveerse de algunas prendas y utensilios que le eran de urgente necesidad para el indispensable abrigo y para no perecer de flaqueza en el camino como aquel otro licenciado que encontró un correo de gabinete pocas horas hace de 15 dias muerto en la carretera de Valencia. A todo surtia el bueno de TIRABEQUE de su bolsillo secreto, y él era el que ajustaba cada prenda que compraba, regateándolo con algo mas interés que las cosas que para su amo toma. Ello es que le sacó un corbatin de terciopelo en sie-

te reales, siendo así que los de paño se los han cargado á los alabarderos á razon de nueve, y un sombrero en treinta reales cuando los de los alabarderos, siendo como son de malísima calidad segun él dice, se los han puesto á setenta y cinco, que á ese paso pronto se van los cincuenta y seis rs. que mensualmente se les abonan para vestuario ademas del haber líquido; todo esto segun informacion de TIRABEQUE, que no sé cómo ni por dónde averigua él semejantes menudencias. Le tomó tambien un frasco forrado para aguardiente; y para que pudiera dedicarse á la lectura algunos ratos en las noches de invierno, y tubiera con qué entretener á la familia á la luz del candil al rededor del hogar doméstico, le suscribió y compró los primeros cuadernos de las *Campañas de Alejandro el Grande*, que acaba de publicar el DR. D. CAYETANO NAVARRO, juez cesante de primera instancia, tanto por parecerle lectura análoga á las inclinaciones y carrera de Venancio, como por la circunstancia de estar dedicada la traduccion al Duque de la Victoria; en lo cual no discurrió como lego sino como hubiera podido discurrir un director de educacion, aunque fuese el mismo Quintana, que como repite anteayer el hermano Cortina, «es el funcionario *único* y especialmente llamado á dirigir la educacion de S. M. y A.»

Hechos ya estos y otros preparativos, dipúsose el bizarro Venancio á emprender su marcha, ansioso de abrazar á su familia y de descansar en el seno de ella de las fatigas bélicas de siete años,

y no sin esperanzas de obtener todavía en premio de sus buenos servicios, ó bien la recompensa que tenían proyectada las últimas córtés, ó bien otra equivalente que acuerden las futuras; para lo cual desearia mi paternidad que el hermano Duque, si ya esto mismo no ha entrado en su pensamiento, hiciese que los jefes de los cuerpos, al tiempo de espedir las licencias absolutas, dieran á los soldados que hubiesen servido sin tacha, una auténtica, certificado ó testimonio que les sirviese de credencial para optar al premio que algun dia decretárseles pueda.

El viajero tomó su yentáculo, vulgo almuerzo, con sublime apetito; en seguida se cruzó en forma de fornituras, á un lado su lata en que llevaba envuelta la ejecutoria militar, y al otro el frasco del aguardiente pendiente de un cordon de honor; se puso un pañuelo á la cabeza en forma de un cuasi-turbante; tomó su ñudoso baston de acebo; TIRABEQUE se preparó á salir á despedirle, y mi paternidad muy reverenda tambien quiso acompañar á los dos primos por el gusto de presenciar una despedida que no podia menos de ser muy tierna. «Mira, primo Venancio, le decia TIRABEQUE por el camino: tú vas de Madrid; allá te preguntarán las noticias frescas que corran por la Corte, y es necesario que des razon á los del pueblo del estado en que aqui dejas los negocios. Lo primero que puedes decir es que la Junta auxiliar de Madrid se ha disuelto ella por sí espontaneamente. — Mira, primo, le contestaba Venancio, si el lugar está donde yo le

dejé, pienso que el hablar á la gente de juntas sería lo mismo que hablarle de la carabina de Ambrosio; de lo que allí parla la gente no es de juntas, sino de yuntas; y lo que debias decirme pa contar allá era á qué precio andaba por aquí el grano, y si se corre que hay alguna saca pa el extranjero, ó el gobierno dá modo de que suba el trigo alguna cosa pa que los labradores puedan comer.—Tampoco será difícil eso, primo, porque en Portugal parece que se activa ahora la cosa esa de la navegacion del Duero. Tambien les puedes decir que el pobre Ibrahim-Bajá mi amigo va llevando unos golpes terribles: los aliados dice que á estas fechas tendrán ya bloqueada á Alejandria, y aquello tiene trazas de irse por la posta; y con eso y con todo ¿quieres tú que Luis Felipe haya mandado tan siquiera una cuarta de compañía á mi amigo Ibrahim con tanto como le ofrecia? ¡Ay, Venancio, Venancio! Siempre dije yo que los auxilios que podia esperar de él me los podian clavar aqui.—Mira, primo, déjame de Hebreínes ni calabazas, que por todos los Hebreínes del mundo no darán en el lugar un ochavo, y dime si acaso se piensa quitar los derechos de puertas, y si se hace alguna rebaja en las contribuciones, que es lo que á ellos les importa, y no esas cosas de las Américas que el demonio me lleve si me escucha naide como yo les vaiga con esas pampiro-ladas.

En estas y otras semejantes pláticas llegamos á la antigua iglesia de Santa Maria de la Almudena; y como aquel dia, que fué el 9, se celebrase

la solemne función del aniversario de la aparición de la Virgen en el muro, llamáronle á TIRABEQUE la atención las diferentes ofrendas que es de costumbre consagrar á la Virgen y que se rifan despues, sin duda para destinar su producto á las atenciones del culto hiperduliáco. Sobre todo le chocó el ver una cesta que con una docena de huevos en la puerta chica habia. «Mira, Venancio, aqui en Madrid tambien ofrecen huevos como en nuestro lugar. ¿Qué le parece á vd., señor? ¡Una docena de huevos á la Vírjen!—No te rías, PELEGRIN, le dije, que el huevo ha sido en casi todos los pueblos de la antigüedad el simbolo del criador, y de aquel que todo lo encierra en sí, y los griegos y romanos cuando querian purificarse ofrecian huevos á los dioses.—Diga vd., hermano, le preguntó á uno que por su trage mostraba ser sacristan, ¿se puede saber quién ha ofrecido esta docena de huevos?—Si señor; los ha traído Doña Eusebia.—¿Quién es Doña Eusebia?—La madre de D. Fernando Muñoz: y yo estoy aqui cuidando de que no se los vuelva á llevar á su casa, como hizo el dia de las Candelas con una torta y dos tórtolas que habia ofrecido á la Virgen Santísima.

Creí que TIRABEQUE reventaba de risa cuando oyó la esplicacion del sacristan: «Señor, me decia despues, bien dice el refran, que la cabra siempre tira al monte.—Sí, pero hazte cargo que tu primo tiene que tirar al Guadarrama, y que le estás deteniendo con pequeñeces que no deben ocuparnos, y que si en tales cosas te páras, me obligarás á hablar, cuando tenga que describir

vuestra despedida, de fruslerias que no merecen ocupar la atencion del público.

Atendidas estas reflexiones seguimos por la cuesta de la Vega á salir por la puerta de San Vicente; y desde alli hasta el puente de Segovia se llevó TIRABEQUE encargando á su primo expresiones á su prima Niceta, al primo Cípriano, á Anselmillo y la Simona, á toda la familia de de su tio Bonifacio, á la hija de la tia Pascuala, á su sobrino Luisillo el tuerto, y á todas las mozas y mozos del pueblo sin dejar uno y señalándolos á todos con sus nombres; lo cual si bien parece una vulgaridad y achaque de gentes de humilde esfera, me recordaba, á mí FR. GERUNDIO, una costumbre muy apostólica, trayéndome á la memoria las despedidas que hacía el apóstol San Pablo en sus cartas, como lo prueba, entre otras, la que escribió á los Romanos en que concluye diciendo: «memorias á Prisca y Aquila; espresiones á mi amigo Epeneto, á mis parientes Andrónico y Julia, á Urbano y Ampliato, á Apeles y á la familia de Aristóbolo, á mi primo Herodion y á la familia de Narciso, á Filólogo, Olimpias, Néreo y su hermana &c. &c. que todavia hay otras muchas saluciones, como igualmente en las cartas á Filemon y á Tito, para que nos riámos del modo apostólico de escribir y despedirse que hoy conserva entre nosotros lo que llamamos vulgo.

El puente de Segovia, pues, fué el lugar de la tierna despedida de los dos primos.—Quede vd con Dios, Sr. FR. GERUNDIO, me dijo Venan-

cio, y disimule las impertinencias.—A Dios, Mata; que seas un buen labrador, y te conduzcas con la honradez de un militar que ha servido fielmente á su patria, y sellado con su sangre su amor á las libertades del país.—A Dios, primo PELEGRIN, que cuides mucho á tu amo.—A Dios, primo; cuidado con ir mucho á la taberna, y con buscar riñas con los paisanos; acuérdate que el sable le dejaste en el regimiento y que lo que allí tienes que manejar es el azadón: y si se ofrece algo, escribe, y no franquées, que ya conoceré yo tu letra y no se quedará la carta en el correo como otras que vienen sin franquear por mas que se les dice á los suscritores.

¡Primo!—¿Qué quieres, Venancio? Encarga todo lo que te se ofrezca.—¡Primo....! ¡Viva la Constitución!—Viva, Venancio mio.—Y se abrazaron estrechamente, y se fué. TIRABEQUE volvió hácia él muchas veces sus ojos bañados en lágrimas hasta que le perdió de vista, y así regresamos á nuestra celda, donde PELEGRIN se dedicó á cuidar la comida, y mi paternidad se puso incontinenti á rezar las horas canónicas.

---

## El honor del pabellon.

---

La cosa no lleva miaja de malicia. El Rey del dolor es persona que lo entiende: «Yo me intereso sinceramente por la España.» Pero sinceramente llamo á mi palacio á mi Sra. Doña María

Cristina de Borbon , mi muy amada prima. Y como me intereso *sinceramente* por la España, *sinceramente* voy dando sueltas á los cabecillas facciosos de España que se han servido honrar el territorio francés. Y *sinceramente* voy acercando un cuerpo de ejército hácia la raya de España, porque *sinceramente* me intereso por la España. Y como me intereso *sinceramente* por la España, envío *sinceramente* una escuadrilla hácia las aguas de Alicante, á fin de que *sinceramente* exija satisfaccion del gobierno de España por quien *sinceramente* me intereso, del desacato hecho al pabellon de la Francia en haber asegurado al ex-ministro Sotelo (1) hallándose á bordo de un buque francés. ¡Oh! Yo me intereso muy *sinceramente* por la España, y *veria con dolor* en ella los males de la anarquía; por lo mismo es muy oportuno ir mandando un ejército de observacion hácia el Pirinéo y una escuadra hácia la costa de Alicante (2). ¡Oh! Allí se ha cometido un desacato al pabellon francés, y aunque me intereso *sinceramente* por la España, me intereso *mas sinceramente* por el honor de mi pabellon. La cosa no lleva pizca de malicia.

Y yo FR. GERUNDIO de Campazas y de Carabanchel de Abajo, que me intereso no menos *sinceramente* por la Francia, aunque no sea mas que por gratitud, *veo con dolor* el *dolor* con que la Francia *ha visto* á la España faltar al honor del pabellon francés. Pero no pudiendo menos de interesarme tambien *muy sinceramente* por la España, *veo con dolor* que el pabellon francés se lleve tanto tiempo haciendo *negándose sinceramente*, pero con mucho honor, á pagar los derechos que por reglamento deben satisfacer los buques que arriban al hospital que

(1) El de mi capillada 291.

(2) Por de contado bueno es que el gobierno español haya mandado fortificar *sinceramente* aquella plaza, y que se la ponga *sinceramente* en estado de guerra.

tienen *ellos* en *nuestro* Islote del Rey, porque *sinceramente* se le concedió el ministerio Castro-Arrazolino. Y *veo con dolor* que á los buques nuestros que de Mahon van á Marsella les hagan *sinceramente* pagar los susodichos derechos. Y como me intereso, yo FR. GERUNDIO, *sinceramente* por la Francia y por el honor de su pabellon, *veo con dolor* que á pesar de haber ido orden de la Junta superior de Sanidad de España, hayan creído los franceses *honor del pabellon* resistirse *sinceramente* á la satisfaccion de los derechos mencionados, prorrumpiendo á mas de no pagar en bravatas y amenazas, que *sinceramente* hablando, no creo yo, pobre español, que hagan honor al pabellon francés.

Y como siempre me temí, yo FR. GERUNDIO que me intereso *sinceramente* por la Francia, que la cesion de aquel islote de nuestras Baleares para hospital de los franceses, por el honor de cuyo pabellon *sinceramente* me intereso, sirviese algun dia para que en lugar de enfermos desembarcasen sanos; y como ahora tenga noticias de que algunos buques de guerra franceses han querido estacionarse en la isla de Mahon, y que han mediado serias contestaciones con las autoridades españolas, si es que no han pasado á vias de hecho, de cuyas resultas se han alejado de la isla; y como *veo con dolor* todas estas cosas, y me intereso *sinceramente* por la Francia y su pabellon, *veria con dolor* que algun español malicioso aplicase *sinceramente* á aquellas nuestras *islas* la introduccion del compendio de la historia de España del padre *Isla*, diciendo:

Libre Palma (1), feliz, independiente,  
albergára al francés incautamente.

Viérase estos señores

---

(1) Nombraría á Palma como capital de todas aquellas islas.

fingirse amigos para ser señores (1),  
y dolencia afectando,  
entrar enfermos por salir mandando.

Sobre lo cual algun otro español, amante malicioso de la independencia nacional; podria acaso pedir que se escudriñara un expediente sobre el Isloté del Rey que deberá existir en la secretaría de la intendencia de Palma. Pero yo FR. GERUNDIO que me intereso sinceramente por la Francia y por el honor de su pabellon; no me meto en esas cosas; y no hago mas que *ver con dolor* que cuando ellos faltan al honor del pabellon español, estos tontos de españoles no dicen, «esta boca es mia,» y cuando á ellos les parece que los españoles faltan al honor del pabellon francés, inmediatamente mandan escuadras á nuestras costas. «Yo me intereso sinceramente por la España y veria con dolor que á las calamidades de la guerra sucediesen los males de la anarquia. Luis Felipe: Discurso de apertura.

---

(1) No dirán que no les hago favor; pues los llamo dos veces señores, faltando á las reglas de la poesia, por no decir lo que el P. Isla pone en lugar del señores del primer verso.

---

Editor responsable, Francisco de S. Fuentes

---

MADRID: IMPRENTA DE MELLADO.